

Más allá de *El Aleph*: la noción de barrio

*en la historiografía urbana y la validez
de las historias barriales*

Ernesto Aréchiga Córdoba
El Colegio de México



(Para Arturo Aréchiga, hasta siempre hermano)

A la abrir los ojos, vi el Aleph,

—¿El Aleph?— repetí

—Sí, el lugar donde están, sin confundirse,

todos los lugares del orbe,

vistos desde todos los ángulos

Jorge Luis Borges, El Aleph

Luego dibujé un cuadro mágico en la mano derecha de Yakub y le pedí que la ahuecara y verti un círculo de tinta en el medio. Le pregunté si percibía con claridad su reflejo en el círculo y respondió que sí. Le dije que no alzara los ojos... Se cubrió de miedo y locura. Le sujeté la diestra temblorosa con la mía que estaba firme y le ordené que continuara mirando la ceremonia de su muerte. Estaba poseído por el espejo: ni siquiera trató de alzar los ojos o de volcar la tinta. Cuando la espada se abatió en la visión sobre la cabeza del culpable, gimió con una voz que no me apiadó, y rodó al suelo, muerto.

Jorge Luis Borges, El Espejo de Tinta

Introducción

La ciudad es un complejo artefacto cuya configuración es profundamente difícil de conocer. La sola enumeración de sus partes se revela inútil frente a la naturaleza de un conjunto infinito en el que se conjugan las personas, el espacio y el tiempo. En consecuencia, para quien pretende conocerla, la ciudad es un todo que es necesario descomponer en partes. Entre las múltiples vías utilizadas por la historia para acercarse a la ciudad y a la vida urbana, encontramos los estudios dedicados a recuperar y analizar el pasado de los barrios. Se trata de una labor que, sin importar el enfoque o la metodología adoptados, tiene como base una serie de presupuestos teóricos y analíticos que tienden a subrayar la particularidad que distingue a este frag-

mento de espacio del resto de la ciudad y, al mismo tiempo, justifican su estudio.

En este escrito nos hemos propuesto reflexionar en torno a la validez historiográfica de esta operación consistente en aislar, para su estudio, un fragmento que está vinculado orgánicamente a una totalidad. En gran medida, pensamos, la validez de esta tarea se sostiene en la noción de barrio que el historiador o la historiadora tomen como punto de partida para su trabajo. Como veremos, existen sólidos argumentos que cuestionan la viabilidad teórica y práctica de las historias barriales. Aquí tratamos de dar cuenta de esos argumentos a partir del desarrollo de varias historias de barrios producidas tanto en México como en Estados Unidos y Francia. Paralelamente, veremos hasta qué grado es maleable el término “barrio” y cuáles son las distintas nociones que se manejan de él tanto en obras de consulta como en crónicas y trabajos históricos. Finalmente, ofrecemos una toma de postura en torno a la validez de llevar a cabo investigaciones históricas centradas en barrios.

Desde la perspectiva que nos interesa rescatar aquí, en lo general, los barrios constituyen una suerte de intermedio entre el individuo y el artefacto urbano, un intersticio que media entre el espacio íntimo y privado de la casa habitación y el espacio público de la ciudad. Son, como afirmaba Lefebvre, “una puerta de entrada y de salida entre los espacios calificados y el espacio cuantificable”.¹ Al interior de los barrios —cuya escala se define normalmente en términos de distancias caminables, de recorridos hechos a pie—, teóricamente ocurren una

serie de intercambios entre los habitantes en los que subsiste la relación cara a cara, en donde los individuos encuentran su lugar y entretienen con otros relaciones sociales estrechas, ya sean de índole económico o político, ya sea que estén marcadas por la convivencia pacífica, solidaria y fraterna o por la violencia. Los barrios constituyen, asimismo, una plataforma de salida para los individuos que día con día recorren el entramado urbano para trabajar, estudiar, comprar bienes o divertirse.

El procedimiento normalmente adoptado en las historias de barrio comienza pues por dividir el espacio urbano y recuperar de él un fragmento que se supone como un sitio privilegiado para observar determinados fenómenos de la vida y la historia urbanas. En teoría, este procedimiento se justifica porque los barrios son poseedores de rasgos singulares y distintivos, como pueden ser el despliegue de una identidad social específica, una cierta composición social o racial, cierto ejercicio comercial, artesanal o industrial, o determinadas prácticas culturales. Puesto que se trata de espacios relativamente bien demarcados, con bordes y puntos que pueden recordarse, constituyen un conjunto acotado que puede medirse, cuantificarse, en fin, conocerse. Para la historia urbana, como trataremos de demostrar aquí, la utilización de estos argumentos no está exenta de peligros. El mayor de ellos es, probablemente, el de concebir a los barrios como puntos desde los cuales, a semejanza de *El Aleph* de Borges, pueden observarse todos los rasgos del orbe urbano.

El significado de la palabra barrio

Antes de comenzar el análisis de las historias barriales, detengámonos un momento para revisar las nociones asociadas a la palabra barrio. A pesar del

uso extensivo que tiene el vocablo “barrio” en la vida cotidiana, su significado no es tan transparente como puede creerse a partir de una primera impresión. Por el contrario, se trata de un término cuya definición es lo suficientemente amplia como para generar ambigüedades y múltiples usos. El carácter ambiguo de la palabra no deja de tener sus repercusiones en el ámbito de la historia urbana.

El *Diccionario de Autoridades* sostiene que un barrio es “el distrito, ó parte de alguna Ciudad, ó lugar, que con nombre particular se distingue de lo demás de la Ciudad, como barrio de Leganitos, de Lavapiés, de las Maravillas, &c. Covarr dice que es vos Araviga, y que viene de *Barr* que significa campo, y que así Barrio es lo mismo que muchas casas de campo”.² En esta obra se asienta también que el término es sinónimo del de *barriada*. Un diccionario de nuestro siglo, como el de la Real Academia Española, muestra que la definición ha cambiado poco desde el siglo XVIII: “1. Cada una de las partes en que se dividen los pueblos grandes o sus distritos. 2. Arrabal. 3. Grupo de casas o aldea dependiente de otra población aunque esté apartado de ella”.³

La *Enciclopedia de México* anota que barrio es la “subdivisión de una ciudad; también caserío o poblado agregado a ella”. Hasta ahí, la definición no es distinta a la de la Academia Española, pero agrega en seguida que: “en el censo mexicano, los

barrios se cuentan a menudo como centros de población independientes: tienen por regla general su iglesia propia, su santo, sus fiestas y otras características”.⁴ Nos preguntamos si esta característica es efectivamente “mexicana” y si puede distinguirse realmente de otros usos en países de Hispanoamérica o en España. Pero, en todo caso, esta definición enfatiza la idea de que el barrio es un universo particular que cuenta con vida propia, independientemente del lugar que ocupe dentro del contexto más amplio de la ciudad.

Si existiera un uso exclusivamente mexicano para la palabra debería estar anotado en un diccionario de mexicanismos, como el de Santamaría, que no incluye el término, o en un diccionario del español mexicano, donde encontramos que: “1. Zona de una ciudad, delimitada por su ubicación geográfica, por alguna característica de la gente que vive en ella, por alguna peculiaridad suya o por su historia: policía de barrio, barrio de Tepito, barrio obrero, barrio judío. 2. Zona pobre de una ciudad. 3. Barrio bajos. Aquellos donde habita gente de mal vivir”.⁵ Las dos últimas acepciones ponen el énfasis en un aspecto cualitativo del espacio barrial. El barrio es pobre y es habitado por gente de mal vivir. En nuestro país este uso es muy extendido y puede registrarse la tendencia a asociar la palabra “barrio” con el ámbito popular, hasta el grado de equipararlos.⁶ De esta manera, no siempre es necesario

1. Citado por Pierre Mayol en “Habitar”, en De Certeau, Michel, et al., *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*, Universidad Iberoamericana, México, 1999, p. 9.

2. *Diccionario de la lengua castellana [Diccionario de Autoridades]*, facsimil de imprenta en Madrid por la Real Academia de la Lengua Española en el año de 1726, Gredos, Madrid, 1964, Vol. 1, p. 567.

3. *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, XV edición, Real Academia de la Lengua Española, Madrid, 1925, p. 270. La edición XX, de 1984, da las mismas definiciones. El diccionario de María Moliner abunda en ejemplos que muestran el uso de la palabra, pero no da otra definición más que la de “barrio bajo” que iguala a barrio popular. Ver

Moliner, María, *Diccionario del uso del español*, Gredos, Madrid, tomo 1, p. 352.

4. *Enciclopedia de México*, *Enciclopedia de México/SEP* 1988, tomo 2, p. 887.

5. *Diccionario del español usual en México*, Comex, México, p. 167.

6. Esta asociación entre el barrio y lo popular no tiene nada de novedoso en nuestro país: específicamente si hablamos de la ciudad de México. Con probabilidad se remonta a los comienzos de la época colonial cuando se

agregar ningún calificativo al término barrio, pues éste se entiende como sinónimo de espacio habitado por grupos de escasos recursos. Como veremos, la historiografía también registra esta tendencia y ha mostrado mayor inclinación a estudiar los barrios populares, antes que los barrios de clase media o alta.

En consecuencia, las distintas definiciones permiten entender al barrio como una división administrativa establecida y reconocida por las autoridades de la ciudad o como una zona que se distingue de otras por características supuestamente preponderantes tales como las actividades económicas, políticas, religiosas o de esparcimiento, las formas arquitectónicas, etcétera. Por ello, también puede usarse la palabra como sinónimo de “rumbo” como cuando se le dice a alguien “no vayas por esos barrios”, o bien, por metonimia, utilizarse para hablar de la gente que lo habita, como en “todo el barrio se divertía en la carpa que estaba en Aztecas”, o en “soy barrio”.

Entre estas definiciones, nos interesa rescatar la oposición enunciada entre un espacio administrativo y un espacio “funcional”. Desde este punto de vista, siguiendo a Francisco Candel, muy rara vez coinciden las delimitaciones oficiales de los barrios con las que distingue la gente en su uso de espacio. Para él, como parte de un ejercicio de conocimiento, es importante dar prioridad a los barrios “creados” por sus habitantes por encima de los barrios delimitados por las autoridades. Desde este punto de vista, lo que importa es el “espacio vivido”, creado y

recreado en la práctica cotidiana, más que el espacio administrativo aceptado oficialmente.⁷

Desde la perspectiva de las imágenes construidas por los habitantes de la ciudad, Kevin Lynch propone que:

Los barrios o distritos son las zonas urbanas relativamente grandes en las que el observador puede ingresar con el pensamiento y que tienen cierto carácter en común. Se los puede reconocer desde el interior y de vez en cuando se los puede emplear como referencia exterior cuando una persona va hacia ellos [...] Las características físicas que determinan los barrios son continuidades temáticas que pueden consistir en una infinita variedad de partes integrantes, como la textura, el espacio, la forma, los detalles, los símbolos, el tipo de construcción, el uso, la actividad, los habitantes, el grado de mantenimiento y la topografía.⁸

Se trata pues de la definición más amplia, que más elementos incorpora, pero que, al mismo tiempo, deja todo a lo que podríamos denominar la “práctica” del barrio, es decir, a la forma en que la gente lo habita, lo concibe, lo construye, lo delimita, lo ensucia, lo transforma, lo destruye.

Una postura así debería coincidir con los acercamientos historiográficos que han centrado su interés en barrios. Como trataremos de mostrar a continuación, cada investigador está obligado a construir su objeto de estudio, a “construir su barrio” mientras realiza su trabajo. Analizaremos algunos ejemplos provenientes de Estados Unidos, de Francia y de México, para entender la forma en

que la noción de barrio se llena de significado a partir de cada investigación.⁹

La noción de barrio en los estudios historiográficos

El barrio, entendido como un marco social y espacial susceptible de estudiarse, ha sido objeto de buen número de monografías elaboradas por historiadores. Una revisión bibliográfica sobre estos temas, sin ser demasiado exhaustiva, puede dar cuenta de ello. Tales trabajos comparten el criterio, muy amplio, de centrarse en el estudio de determinada área geográfica de una ciudad, área de dimensiones variables cuyos límites encierran, al menos hipotéticamente, cierta especificidad que permite diferenciarlas de otras.

Sin hacer distinción alguna sobre dónde y cuánto fueron escritos, ni intentar hacer un deslinde en cuanto a su adscripción a tal o cual corriente historiográfica, en un sentido muy amplio, se hace evidente un primer criterio que permite distinguir dos tipos de enfoques en historias barriales. Por una parte, una serie de trabajos que podríamos calificar de “nostálgicos”, sin ánimo de desautorización, que tratan sobre una “edad de oro” vivida en el ámbito local, cuyo carácter típico se ha perdido de una u

otra forma, al ser enfrentada a nuevas condiciones impuestas por el desarrollo global de la ciudad. Revisaremos aquí algunos trabajos de factura nacional que comparten este enfoque. Por otra, las investigaciones preocupadas por abordar el barrio desde una perspectiva más objetiva, científica, para lo cual se apoyan en la aplicación de determinado aparato conceptual y metodológico. Clasificamos a este enfoque como “objetivo” para etiquetar de alguna forma los trabajos que comparten ese punto de vista, aunque de esta manera no se hace distinción alguna sobre las corrientes historiográficas a que pertenecen sus autores. Abordaremos algunos ejemplos provenientes de la producción historiográfica reciente en Francia y los Estados Unidos para señalar sus diferencias y coincidencias fundamentales.

Como podremos ver en el curso de las páginas que siguen, las dos clases de enfoques han lidiado con una realidad que difícilmente se deja atrapar para su conocimiento. A nuestro juicio, el mayor problema al que se enfrentan es justamente la noción de barrio, noción ambigua, escurridiza, cuya vaguedad ha permitido que sea dotada de múltiples sentidos, pero que, al mismo tiempo, ha impuesto ciertas limitaciones, casi insalvables, a las investigaciones centradas en el tema. Intentaremos

estableció “la traza” de la ciudad española, dejando en su periferia a los barrios indígenas. En el siglo XVIII era muy evidente la diferencia entre la ciudad y sus barrios entendiendo que en estos vivían los grupos populares. Ver al respecto el trabajo de Madonado Ojeda, Lucio Ernesto: “Barrios y conchas de la ciudad de México (hacia 1850)” en *Anuario de*

Estudios Urbanos, No. 1, 1994, pp. 12-14.

7. Candel, Francisco. *Apuntes para una sociología del barrio*. Ed. con Península, Barcelona, 1972, p. 17.

8. Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad*, Ed. Infinito. Buenos Aires, p. 67.

9. Estas diferencias también se registran a nivel de las definiciones. Cuando se comparan entre sí los términos *barrio*, *quartier* y *neighborhood*, no coinciden todas las acepciones. Aunque en ciertos usos son asimilables cuando se refieren a una de las partes que constituyen el conjunto de la ciudad. Por ejemplo, *neighborhood* en el diccionario *Websters* aparece primero relacionado con *vicinity*: “la región en que uno está o habita”; enseguida se define como a “colectividad que habita en las cercanías, es decir en la *vicinity*” y sólo hasta la quinta acepción reconoce que puede tratarse también de un “distrito”, una parte de la ciudad considerada distinta por determinada característica. *Websters Comprehensive Dictionary of English Language*. Trident Press International, Chicago, 1998,

p. 849. En cambio el diccionario *Robert* reconoce en primer lugar, para *quartier*, a “división administrativa de una ciudad”; en seguida propone “a parte de una ciudad que cuenta con fisonomía propia y cierta unidad” y sólo en último lugar, por metonimia, reconoce el uso de *quartier* para referirse a los agentes del lugar. *Le nouveau Petit Robert*. Editions Le Robert, París, p. 1883. Ya hemos visto que los diccionarios en español parten de definir al barrio como una porción de la ciudad, sin que esta división sea necesariamente administrativa. Pareciera como si las palabras resumieran así, en unas cuantas letras, los distintos procesos históricos.

una revisión de los distintos enfoques empleados, siguiendo con especial atención la manera en que definen la noción de barrio, para de ahí desprender una reflexión sobre la validez de los estudios monográficos sobre historias de barrios.

Antes de pasar al análisis de cada uno de los enfoques, vale la pena subrayar una característica común. Salvo una excepción, los trabajos revisados centran su interés en barrios populares, barriadas que dan cobijo a la clase obrera, a sectores artesanales o sectores marginales, como si los sitios en que habitan las clases medias y altas carecieran de historia o no entraran categóricamente en la definición de barrio. Desde nuestro punto de vista, esta tendencia no responde necesariamente al desdén del historiador por las clases más acomodadas, antes bien, supone que en los barrios de extracción popular existen las condiciones para una amplia interacción social en la cual los actores sociales se vuelcan en mayor medida, y por necesidades propias impuestas por el medio, hacia un uso común de los espacios públicos: el patio, la calle, los sitios de recreación, etcétera, cuyas funciones habituales se modifican y toman una nueva dimensión gracias a esa apropiación compartida. Independientemente del enfoque utilizado, se presupone que lo que es digno de recordarse o de estudiarse, es ese contacto cotidiano entre los habitantes, producido en esos múltiples espacios compartidos, que con el tiempo va tejiendo las identidades colectivas de los barrios.

La noción de barrio en el enfoque “nostálgico”

En la reconstrucción histórica que se propone, existe cierto énfasis en una suerte de “pasado glorioso” que no volverá más, donde “lo perdido” puede ir desde las costumbres hasta las construcciones

arquitectónicas, al tiempo que se subraya siempre el carácter solidario de las relaciones entre la gente. Así definido, el barrio se identifica con algunas características asociadas (idealísticamente) al pueblo rural donde, supuestamente, todo el mundo se conoce, se saluda, asiste en conjunto a las celebraciones y las tragedias que se entretejen día con día para conformar un entramado vital.

Cuando el barrio es concebido de esta manera, es generalmente identificado como un medio social donde se desenvuelve una densa red de relaciones sociales basada en una convivencia cotidiana que comparte los espacios comunes. Cada individuo halla su lugar en una especie de genealogía de los “tipos” barriales: la bailadora, el bravucón, el ebrio, la chismosa, el deportista, el bohemio, la mojegata, el agiotista, etcétera. Paralelamente se reconoce que el barrio puede ser un medio hostil, aunque al final prevalezcan la solidaridad y la ayuda que entre sí se brindan los habitantes a partir del reconocimiento de una problemática común basada en la pobreza.¹⁰

Hoy en día sería difícil aceptar la suficiencia historiográfica de algunos de los trabajos que reconocemos en este grupo, pues constituyen memorias o crónicas ajenas al uso riguroso de metodologías y fuentes históricas. Ejemplo característico de ellos, es el trabajo de Rosa Lechuga de Bustamante, profesora normalista que en los años cincuenta del si-

10. Esta noción de barrio está profundamente arraigada en nuestro país. Incluso en una publicación que basa su éxito editorial en subrayar los aspectos más sórdidos de los barrios y en despertar el morbo de los lectores con dibujos e historias llenas de anécdotas en las que vivir en el barrio es equivalente a vivir en la promiscuidad y la vulgaridad, se reconoce y subraya un ambiente de apoyo social y solidario entre los habitantes de la barriada. Ver, por ejemplo, *Sensacional de Barrios*, Revista Semanal, Editorial EIEA, México, o *La Meta del Barrio*, Revista Catorceañal, Editorial EIEA, México.

glo XX publicó un libro sobre dos barrios de la ciudad de México, poniendo especial énfasis en los “tipos” urbanos, característicos de esas zonas, que le tocó conocer durante su infancia y su juventud.¹¹ En el texto reproduce diálogos, hipotéticos o no (no lo esclarece), que dan cuenta de cierto ambiente pueblerino que se respiraba en los barrios de Tepito y de Indianilla, de la ciudad de México. La ausencia de rigor histórico no resta mérito, nos parece, a la intención de la autora de reproducir ciertos aspectos de la forma en que vivían los habitantes de aquellas zonas de la ciudad.

En tono parecido al que maneja el texto referido, el escritor y periodista Alfonso Sánchez reconstruye el carácter peculiar del barrio de San Juan Chiquito de la ciudad de Toluca. El autor no se apoya únicamente en sus recuerdos, pues recurre a algunas memorias del Ayuntamiento para narrar determinados aspectos del origen de su barrio, al tiempo que aporta material iconográfico sobre su gente y arquitectura.¹² El texto es una especie de memoria personal sobre ciertos episodios de la barriada, escrito en forma amena que se apega mucho a un estilo periodístico. El autor incluye notas, que si bien recuerdan la violencia y la pobreza que enfrentaban sus habitantes en el pasado, no dejan de añorar una forma de vida que ha venido diluyéndose con el tiempo y con los avances de la modernización.

La perspectiva que he llamado aquí “de la nostalgia” no necesariamente implica que las investi-

gaciones carezcan totalmente de los requisitos que impone la disciplina histórica. Existen trabajos que cuentan con un buen apoyo en fuentes escritas y orales, que buscan reconstruir la historia barrial haciendo uso de una metodología rigurosa. Entre ellos podemos citar el texto de Víctor Manuel Ortiz sobre el barrio del Madrigal, de Zamora, Michoacán, quien para dar cuenta de su formación recurre a planos antiguos y fuentes de archivo, entendiendo el desarrollo del barrio en el contexto global de la ciudad. El autor hace un análisis sobre la vida cotidiana del barrio, va y viene del pasado al presente para describir los distintos aspectos que la constituyen, haciendo énfasis especialmente en los lazos solidarios del barrio, hasta cierto punto idealizados.¹³ A semejanza del profesor Alfonso Sánchez, Ortiz considera que el barrio ha ido perdiendo su identidad y su ambiente solidario a raíz de los cambios generados por la modernización, lo cual lamenta mientras recuerda mejores tiempos que ya se han ido. Las historias están apoyadas fundamentalmente en fuentes orales, como la que elaboran Patricia Pensado y Leonor Correa para el barrio de Mixcoac de la ciudad de México, no obstante la distancia objetiva que frente a sus informantes toman las autoras, evaden con dificultad la tentación nostálgica a que nos referimos.¹⁴

Así pues, desde la perspectiva nostálgica, la noción de barrio puede sujetarse, hasta cierto punto, fácil y rápidamente: está asociada esencialmente a

11. Lechuga Rosa, *Barrios de México. Tepito, Indianilla*, Fomento para la lectura, México, 1956.

12. Sánchez G., Alfonso. *San Juan Chiquito un barrio de Toluca*, Dirección del Patrimonio Cultural y Artístico, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1987.

13. Ortiz, Víctor Manuel. *El barrio bravo de Madrigal*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1990.

14. Correa, Leonor y Patricia Pensado. *Mixcoac, un barrio en la memoria*, Instituto Mora, México, 1996. El enfoque nostálgico al que nos referimos no es exclusivo de México. El historiador francés Jean Paul Burdy señala que con anterioridad a su trabajo sobre el *Soliel Noir*, barrio de Saint-Étienne, había aparecido una abundante historiografía sobre el tema del “viejo barrio obrero” de aquella ciudad, de la cual él toma distancia por su perspectiva nostálgica.

un medio popular, cálido y solidario, integrador, donde el pobre, a pesar de la miseria y de la indigencia —o quizá a causa de ellas— puede encontrar apoyo y protección. Debe agregarse otro elemento a esta noción: el barrio es una especie de microcosmos que se presenta ante nosotros como una realidad socioeconómica y cultural relativamente homogénea. Idea que subyace en estos trabajos con independencia del carácter que asuman, ya sea una memoria o una elaboración historiográfica mayormente sustentada.¹⁵

La noción de barrio en el enfoque objetivo

Para Spiro Kostof, tanto urbanistas como geógrafos, sociólogos e historiadores han invertido demasiado tiempo en la tarea de encontrar una definición lo suficientemente clara y precisa de lo que es una ciudad. Labor ardua que, sin embargo, es condición necesaria para toda disciplina que pretenda acercarse al fenómeno urbano y que ha arrojado una diversidad de definiciones satisfactorias, acordes a los diferentes enfoques que han estudiado dicho fenómeno.¹⁶ Para efectos de este análisis tomaremos, sólo como punto de partida, la opinión de Bernard Lepetit quien sostiene que la ciudad, desde la perspectiva de su escala interior, puede

ser considerada “como una vasta encrucijada donde se mezclan poblaciones estables y poblaciones móviles en los recorridos y diversos proyectos”, de lo cual desprende que “las sociedades urbanas son sociedades plurales donde el problema de las identidades y las identificaciones se plantea de forma diferente que en las sociedades aldeanas más arraigadas”.¹⁷

Las monografías historiográficas de barrios producidas a lo largo de las últimas décadas, de las cuales hablaremos en este apartado, se insertan en mayor o menor medida en esta preocupación por intentar una explicación de la ciudad y de las sociedades urbanas en el nivel de sus identidades e identificaciones. Constituyen un conjunto de estudios que con diversas metodologías comparten un rasgo común al elegir como punto de partida un espacio restringido de la ciudad: el barrio. Erigido en objeto de estudio, ese “espacio-laboratorio” como lo definen Jacques Bottin y Alain Cabantous,¹⁸ es considerado como supuestamente apto para revelar los funcionamiento y las situaciones del conjunto. Sin embargo, como veremos, este tipo de análisis “parcelar o” se ha desarrollado no sin enfrentar serios obstáculos cuyo origen estaría, en parte, en la dificultad para encontrar una delimitación precisa de la noción de barrio.

15. Qui era referencie aqui brevemente al texto de Miguel S. Macedo que parece no entrar en la clasificación que propongo. El autor no dio a conocer en 1927 pero fue publicado en una edición póstuma, en 1930 bajo el título de *My barrio* y se refiere a barrio de Reo, en el centro de la ciudad de México. Macedo recuerda aquel tiempo, en el que vivió desde niño hasta después de haber terminado sus estudios, apoyándose en su memoria, desde luego, pero también en algunos documentos históricos y en bibliografía referente a la ciudad. Es una historia de aquellos que acompañan ese barrio, menos preocupada por las personas que por los edificios, aunque también considera a los principales perso-

najes que ahí habitaron y describe a algunos rasgos de la vida cotidiana de barrio. No encuentro en este libro una evocación nostálgica tan clara como la que aparece en los textos ya referidos. Macedo Miguel, *My barrio. Ensayo histórico*, Departamento del Distrito Federal, México, 1988.

16. Kostof, Spiro, *The cityshaped*, Thames and Hudson, London, 1991, p. 16.

17. Lepetit, Bernard, “La historia urbana en Francia... en Secuencia”, No. 24, Instituto Mora, México, 1992, p. 23.

18. Bottin, Jacques y Alain Cabantous “Lectures de la ville. Introduction”, en *Histoire Économie, Société*, Éditions Sedes, Paris, 1996, p. 397.

A) Monografías de barrio producidas en Francia

En palabras de Alain Cabantous, un historiador interesado en estudiar la problemática barrial debe tomar en cuenta el innegable avance de la reflexión y los resultados obtenidos por ciertas disciplinas humanas que han abordado el tema, particularmente la sociología y la geografía urbanas, con las cuales la historia mantiene innegables deudas.¹⁹ Según este autor, los sociólogos de la Escuela de Chicago fueron los primeros en preocuparse por entender la relación existente entre comunidades étnicas y barrios, como parte de su trabajo teórico desarrollado para comprender el peculiar desarrollo de la ciudad estadounidense, visto a fines del siglo XIX y principios del XX.

Con el fin de precisar algunos aspectos teóricos, Cabantous rescata la propuesta de Louis Wirth, para quien existe una “serie de factores significativos en virtud de los cuales la población urbana es separada y distribuida en localizaciones más o menos distintas”.²⁰ Entre esos factores se involucran la densidad, los valores hipotecarios, la salubridad, el prestigio, las consideraciones estéticas, el lugar y la naturaleza del trabajo, el estatuto social, las costumbres, los gustos, las preferencias, los prejuicios y otros que determinan la existencia de diversas zonas de la ciudad como sitios de implantación para diferentes grupos poblacionales.

Si bien estas nociones sucesivas podrían aportar una guía útil para una clasificación empírica de los barrios, en opinión de Cabantous, lo que importa subrayar en Wirth, como lección de método, es su

preocupación por la especificidad global de la ciudad, su atención en no separar cada barrio virtual de un espacio urbano total.²¹ Más adelante recuperaremos el pleno sentido de esta advertencia.

Otra deuda que reconoce la historiografía francesa sobre barrios, proviene de la geografía urbana que, a lo largo de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, “periodos de desestructuraciones salvajes y de fuerte especulación hipotecaria” en Francia, hizo del barrio un “receptáculo parcial de la memoria de la ciudad”. Las investigaciones llevadas a cabo en ese entonces, concebían al barrio antiguo como un “testigo indispensable” de la historia citadina, dado que constituía un espacio “envejecido” a punto de ser abandonado en beneficio de los “barrios nuevos” de la periferia donde todo estaba por hacerse, donde no existía “tradición alguna capaz de federar una vida colectiva”.²²

En esos estudios subyacía pues, un cierto ánimo de oposición y militancia contra la renovación urbana que se llevaba a cabo, pero estas aspiraciones no eran la única fuente de donde provenía el interés por los barrios. Correspondía, igualmente, a un “regreso” que por aquel entonces se daba con nuevas preguntas hacia “la historia de la vida privada, la búsqueda de raíces reales, hipotéticas o simbólicas”.²³ La noción de barrio aparecía en esos trabajos, desde luego, con una connotación territorial, pero sobre todo como un “soporte material y un código cultural” que Cabantous ha traducido “prosaicamente” como el “espacio-vivido al interior de una fracción urbana”.²⁴

19. Cabantous, Alain, “Le quartier espace vécu à l'époque moderne”, en *ibid.*, p. 427.

20. Louis Wirth, citado por Cabantous en *ibid.*, p. 428.

21. *Ibid.*

22. *Ibid.* Los estudios a que alude el autor aquí aparecen en la década

de los setenta.

23. *Ibid.*, p. 428.

24. *Ibid.*, p. 428. Por nuestra parte hemos traducido el término empleado por Cabantous: “espace-vécu”.

Durante los años ochenta del siglo XX se realizaron en Francia vanas tesis de posgrado y monografías de historia social urbana, en las cuales el tema del barrio popular u obrero aparecía o bien como el objeto central del estudio, o bien como un “marco cómodo para aproximarse a las formas de vivir y de habitar de las clases populares”.²⁵ Se trata de investigaciones realizadas desde una perspectiva de lo total, que pretenden explicar los aspectos espaciales, sociales, culturales y familiares que construyen las identidades sociales al interior de un barrio. Sustentadas con amplitud en el uso de series estadísticas provenientes de diversas fuentes de archivo, no dejan de lado las fuentes orales ni las literarias para dar cuenta de su problemática. Entre tales investigaciones se encuentran la de Jean-Paul Burdy sobre *Le Soleil Noir* (barrio de Saint-Étienne) y la de Gérard Jacquemet sobre *Belleville* (barrio-suburbio de París), a las cuales haremos referencia a continuación para rescatar las nociones de barrio que manejaron.²⁶

Fueron tres los factores principales que llevaron a Burdy a optar por *Le Soleil Noir*: se trataba de un barrio “geográficamente definido” en el espacio urbano, con límites y mojones claramente reconocibles; “socialmente calificado” pues hasta la Segunda Guerra Mundial, entre el ochenta y noventa por ciento de la población eran asalariados de la industria pesada local, en su mayoría mineros y metalúrgicos; este barrio constituía “una memoria en la ciudad”, uno de los “barrios rojos... de la ciudad negra”²⁷

Orientado hacia la antropología histórica, Burdy se propuso hacer una historia sobre “las identidades sociales leídas en los espacios urbanos, a través de la evolución de las relaciones sociales y de las relaciones de sexo en la larga duración. Se trataba de mostrar que la identidad plural de la clase obrera se forma y se lee también en los espacios del barrio”.²⁸ Sin el propósito de querer confirmar la existencia de una clase, analizaba las relaciones entre los dos principales grupos obreros de *Le Soleil Noir*, mineros y metalúrgicos, para “hacer legible su heterogeneidad y sus evoluciones” y poner énfasis en la necesidad de enlazar el conjunto (clase social), las partes (grupos profesionales, de edad, de sexo, “étnicos”) y los individuos (hogares y familias en sus proyectos e itinerarios). Para Burdy “la identidad social se encontraba en el cruce de aquellos componentes distintos”.²⁹ Por tal motivo, cobra importancia el análisis prosopográfico que reconstruye historias individuales y familiares, tanto en sentido ascendente como descendente, para nutrir con amplitud su explicación sobre la movilidad social en el barrio. Movilidad que por su parte también puede ir en los dos sentidos señalados y es, asimismo, otro de los cimientos de la identidad social.

En opinión del autor, el vecindario funda, en forma amplia, las proximidades sociales y, por tanto, las sociabilidades, pero es también una instancia de control social, y puede ser una instancia de exclusión y rechazo. “La identidad social es llevada por ciertos grupos, pero importantes fracciones de

las clases populares pueden permanecer totalmente ajenas a ella”. En conclusión, es evidente que “la identidad social se encuentra en recomposición permanente, y en consecuencia debiese ser comprendida históricamente, en sus evoluciones, continuidades y rupturas”.³⁰

El trabajo de Jacquemet se trazó con un doble objetivo: hacer el recuento de la vida de un barrio y aclarar los mecanismos de crecimiento urbano. El espacio escogido para el estudio, *Belleville*, tiene una particularidad que lo hace diferente y que llama la atención del autor: posee la leyenda de ser “el crisol de los movimientos revolucionarios” que se suscitan en torno a París.³¹ La originalidad del barrio también se desprende de la mirada conservadora que lo maldice y que califica a sus habitantes como irresponsables y jactanciosos, seres que deben conservarse “aparte”. Pero éstos tienen a su vez reservada una respuesta para ello y, en efecto, se sienten diferentes respecto a los parisinos e iguales entre sí, aunque coexistan obreros y artesanos dedicados a tareas disímiles. Por otra parte, se trata de un barrio que en sus inicios fue una comuna rural, no lejana a París, que recibió fuertes corrientes migratorias provenientes principalmente de los sectores populares parisinos. Con el tiempo llegó a constituirse en todo un suburbio, una ciudad aparte, que más tarde fue absorbido por la ciudad capital, aunque conservó en gran medida los elementos que de antemano lo distinguían.

Para el autor, tres criterios definen a *Belleville*: el administrativo, desbordado en la práctica, que lo ubica en el “soixante dix-septième quartier” de París. Otro, tomado a partir de testimonios de fuen-

tes escritas, reconoce un “grand Belleville” que se extiende en parte sobre los “XIXe et XXe arrondissements”, hasta abarcar dos barrios del primero (Amérique y Combat) y tres barrios del segundo (Belleville, Saint Fargueau y Père Lachaise) o, o que es lo mismo, aproximadamente el mismo territorio de la antigua comuna de *Belleville*, aunque no todos los puntos de vista se ponen de acuerdo. Y, por último, un criterio que va en contra de la afirmación, tanto popular como burguesa, que insiste en una supuesta homogeneidad bien definida para el conjunto de *Belleville*. Por el contrario, de acuerdo con Jacquemet, existen en su interior importantes diferencias que “representan sin embargo un aspecto esencial de la dinámica urbana: el barrio no se reproduce idéntico a sí mismo, a pesar de las apariencias, sino que se renueva a golpes sucesivos, antes del gran desorden que actualmente vemos efectuarse”.³²

Entonces veamos que se aplica aquí una noción bastante amplia de barrio. Frente a las definiciones geográficas perfectamente establecidas para el caso de *Le Soleil Noir*, encontramos los límites un tanto cambiantes de *Belleville*. En comparación, las dimensiones del primero son menores respecto al segundo y, sobre todo, *Le Soleil Noir* aparece como una unidad incontrovertible, en tanto que *Belleville* es, siguiendo al autor que lo estudia, un barrio que engloba varios barrios. Socialmente, ambos son reconocidos como barrios populares, pero la homogeneidad casi permanente del componente social (y su especificidad ocupacional) en *Le Soleil Noir*, mineros y metalúrgicos, contrasta con la heterogeneidad de *Belleville* y sus obreros y artesanos dedi-

25. Burdy Jean Paul, “La monographie du quartier en histoire urbaine”, *en ibid.*, p. 441

26. Burdy, Jean Paul, *Le Soleil noir. Un quartier de Saint-Étienne (1840-1940)* Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1989 Jacquemet, Gérard, *Belleville au XIXe siècle du faubourg à la ville* Éditions de l'école des

Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1984

27. Burdy J.-P., “La monographie du quartier...”, *op. cit.*, p. 442

28. *Ibid.*, p. 442. Las cursivas son de autor

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*, p. 444

31. Jacquemet, G. *op. cit.* “Introduction”. pp. 17-21.

32. *Ibid.*, p. 20

cados a múltiples tareas. En ambos existen lazos sociales que generan identidad social, pero ésta no es igual en todo momento, ni se comparte en forma homogénea entre todos los habitantes.

Así pues la noción de barrio en la historiografía francesa revisada se mueve entre el territorio y el espacio vivido donde se entretejen lazos de identidad social. Por otra parte, desde el punto de vista metodológico, el barrio constituye un marco cómodo para una aproximación fina a los problemas de identidad social. Bajo el criterio de estos supuestos, el estudio a pequeña escala, permitiría al investigador introducirse en el corazón mismo de la vida social y, de esta manera, acercarse a las sociedades urbanas de antaño donde la proximidad física jugaba un rol fundamental en las relaciones sociales y en la organización urbana.

B) Estudios sobre barrios realizados en Estados Unidos

Los historiadores estadounidenses que han puesto su interés en el desarrollo histórico de los barrios, también han recibido influencias de la sociología urbana y quizá se encuentre en ellos una mayor adhesión a los conceptos generados por esa disciplina. Como reflejo de esto, podemos ver que los historiadores han seguido de cerca la preocupación por ciertos temas, como la composición étnica, a la que se le otorga un papel de primer orden en la definición de los espacios internos de la ciudad, esto es, en la delimitación de sus barrios.³³ Este acercamiento evidentemente responde a la realidad social estadounidense, compuesta por diversas etnias locales e inmigrantes.

33. A diferencia de los estudios de caso franceses que sólo se interesan por el aspecto racial en forma secundaria.

Ricardo Romo en su *History of a Barrio. East Los Angeles*, hace el recuento de cómo se fue gestando un barrio en el costado este de la ciudad de Los Ángeles, bajo el impulso de los inmigrantes mexicanos que ahí se instalaron en forma masiva, en la búsqueda de mejores horizontes de vida. El carácter distintivo de East Los Angeles, además de su particular composición étnica, estriba en que en corto tiempo se convirtió en el barrio mexicano más grande de los Estados Unidos hasta que en 1930 llegó a competir, en tamaño y número de residentes, con las ciudades más grandes de ese país. Se trata entonces de un barrio que, a semejanza de *Belleville* y quizá en escala mayor, adquiere dimensiones e interacción social propias de una ciudad.

El proceso histórico es tan peculiar y evidente, que podría decirse que para definir al barrio el autor no requiere de mayores pruebas ni se enreda en dificultades: hacia 1900 un núcleo de mexicanos que habitaba el centro de la ciudad fue desplazado por los nuevos usos de suelo comerciales hacia el este de Los Ángeles. El momento coincidió con un auge en la demanda de mano de obra en California, al cual escasamente acudieron europeos o estadounidenses, pero al que de inmediato respondieron los mexicanos provenientes del sur, quienes buscaron vivienda al lado de sus compatriotas. Para reconstruir este proceso de rápida migración y de multiplicación de los habitantes del barrio, el autor hace un seguimiento estadístico apoyado en diversas fuentes de archivo que no niegan el carácter social y racial uniforme que suponía para el East Los Ángeles.

En otro orden de ideas, de acuerdo con un estudio de Alexander von Hoffman publicado recientemente, durante largo tiempo los historiadores estadounidenses adoptaron el postulado sociológico que sostenía que la vida social se desenvuelve

entre los polos opuestos de la comunidad local y la sociedad.³⁴ Desde ese enfoque, al cual von Hoffman asocia a Robert Wiebe, la comunidad habría presenciado la disolución de sus estrechas redes de relaciones interpersonales frente a los avances de la modernidad. Avances que se hacen evidentes en la imposición de instituciones cada vez más alejadas e impersonales que rigen la vida urbana, o en el desarrollo de los medios de comunicación y el abaratamiento de los transportes. La imposición del modelo del núcleo hogareño unifamiliar, expresaría la actitud de autoencierro de la clase media urbana, que la llevaría a alejarse cada vez más de su comunidad y a buscar sitios donde un aislamiento mayor fuera posible. A pesar de haberse resistido, las comunidades no habrían podido mantenerse ante los cambios que enfrentaban.

Desde la perspectiva que opone comunidad local a sociedad, existe una coincidencia estrecha entre el barrio y la comunidad. En consecuencia, cuando ésta entra en decadencia, aparece también la decadencia del barrio. Su degradación se asocia, asimismo, a decisiones institucionales tomadas por encima de la comunidad, que determinan un cambio en los usos de suelo. El proceso coincidiría en el tiempo con el desplazamiento de los habitantes "originales" hacia sitios cada vez más lejanos del centro de las ciudades, pero más habitables. Los antiguos espacios de la población blanca, pasarían a ser ocupados por la población no anglosajona, ya sea negra, asiática o "latina". Para entonces el barrio ha caído en completo declive. Este modelo evolutivo unilinear, de corte racista, fue criticado a

principios de los ochenta por Stephanie W. Greenberg en un artículo centrado en la historia de Philadelphia entre 1880 y 1930.³⁵

La autora daba un giro a la lógica del modelo, al incorporar en su análisis sobre los cambios de los barrios la influencia que pudieron haber tenido las decisiones tomadas por la iniciativa privada. En la medida en que los costos del suelo y de energía podían ser más baratos fuera de la ciudad y ante la mejora de los transportes, muchas empresas habrían tomado la decisión de abandonar el núcleo central ciudadano. Sólo aquellos barrios donde estas decisiones fueron tomadas, habrían entrado en decadencia, en tanto que habrían permanecido sólidamente los barrios donde la industria privada había decidido quedarse.

Según Greenberg, en términos de la realidad étnica, esto tenía sus implicaciones. Si los negros ocupaban los sitios abandonados, se debía a que las industrias que se desplazaban a las afueras, requerían de la mano de obra especializada de la población blanca y determinaban, junto con el deseo de habitar cerca del centro laboral, su emigración. El mismo proceso negaba oportunidades de trabajo a la población negra, en general no calificada, marginándola en los barrios que habían decaído. Así pues, los cambios operados en la composición étnica de los barrios y su tendencia a separarse en términos de la raza a que se pertenecía, serían el resultado, no únicamente de patrones culturales, sino principalmente de un proceso de marginación laboral y económica. El espacio barrial y su vida interna aparecen, así, recortados por las

34. Hoffman, Alexander von, *Local attachments. The making of an American Urban Neighborhood, 1850 to 1920*, The John Hopkins University Press, London, 1994, pp. XV-XVI.

35. Greenberg, Stephanie, "Neighborhood change, racial transition and work location: A Case Study of an Industrial City, Philadelphia 1880-1930", en *Journal of Urban History*, Vol. 7, Number 3, May 1981, p. 270.

necesidades de una elite económica que controla, al mismo tiempo, las decisiones institucionales y privadas.

La noción de barrio en los estudios estadounidenses está firmemente asociada a un territorio y a una comunidad que poseen un carácter social y cultural homogéneo. Aunque existen divergencias de opiniones, la comunidad tiene mayor peso en la determinación de las características de un barrio. Por ejemplo, para von Hoffman, a quien citamos anteriormente, el término barrio o *neighborhood* es equivalente al término comunidad local y “se refiere a un área mayor que una calle, una manzana, u otro pequeño vecindario” (“vicinity” que, de acuerdo con el autor, a menudo se confunde con los “neighborhoods”).³⁶ Por otra parte, la composición étnica constituye uno de sus principales factores de diferenciación cultural, aunque en ella también inciden los intereses económicos y se reflejan las decisiones institucionales.

La validez de los estudios monográficos de barrio

El carácter ambiguo de la noción de barrio ha permitido que los estudios monográficos centrados en su problemática le otorguen diversos sentidos y usos que en buena medida se determinan por la metodología y fuentes empleadas en cada estudio. Sin embargo, las distintas definiciones comparten, en general, ciertos elementos: la adscripción a determinado territorio; su carácter popular u obrero; la conjunción de determinadas características

geográficas y humanas, ecológicas, que permiten distinguir a una fracción urbana de las demás, otorgándole un carácter más o menos homogéneo; la interacción social entre la gente que lo habita; la identificación de los habitantes con el lugar y, en ese sentido, el surgimiento de identidades colectivas propias del sitio, que le dan un carácter distintivo; la creación de ciertos lazos sociales que remiten a relaciones solidarias y fraternas; la pertenencia a una cultura común, que puede venir de su extracción de clase o racial.

En Francia, recientemente, varios autores llamaron la atención sobre semejante visión del barrio y, al mismo tiempo, pusieron en duda la validez y la viabilidad de tomarlo como punto de partida para el análisis de las identidades colectivas creadas en el pasado. No deja de ser sintomático que algunos de estos críticos de los años noventa, estuvieron en el grupo que en la década de los años ochenta elaboró monografías barriales. Destacaremos y haremos el resumen aquí de las opiniones de Alain Faure y de Jean-Paul Burdy.³⁷

En principio —sostienen— el solo hecho de optar por un barrio para su estudio supone su singularidad. Existe en ello el peligro de recurrir a la fragmentación artificial de la totalidad que representa la ciudad, pues para estos autores el barrio es un espacio de la ciudad más que un espacio en la ciudad. Por otra parte, un tanto a despecho de las sofisticadas metodologías de análisis cuantitativo y cualitativo utilizadas para acercarse a la realidad de los barrios, la historiografía no ha podido desprenderse de un cierto rasgo nostálgico presente desde

la intención de rescatar el pasado de tales fracciones ciudadinas. A continuación enunciaremos cinco aspectos que resumen los puntos de vista de estos críticos sobre la noción de barrio y su viabilidad como objeto de estudio de la historia urbana:

a) el barrio ciertamente es un medio familiar, pero no en su totalidad. Si bien las fronteras entre lo privado y lo público son completamente diferentes, si se les compara con las de otros medios sociales, nunca se diluyeron del todo. Es imposible sostener que en el barrio todos los habitantes se conozcan. Asimismo, es insostenible pensar que todos (para todo) se integraban en una vida comunitaria.

b) el barrio es unánime sólo en apariencia. Mantiene el aspecto de un territorio de poblamiento homogéneo, cuya unidad profunda apenas y sería tocada por las variaciones que pueden distinguir a unos y otros miembros de la clase obrera, o por las tensiones y querellas que pueden separar a los individuos, pero “esta bella unidad vuela en pedazos si la mirada es llevada más lejos”.³⁸ No existe espacio socialmente puro, siempre están presentes elementos de una “burguesía local”: comerciantes y pequeños propietarios. Existen diferencias frecuentes y profundas entre casa y casa, o entre un grupo de ellas y otro, a nivel “micro-local”. Las diferencias de oficio pueden tener un peso mayor hacia la diferenciación, que lo que el significado de vivir en un mismo barrio tiene para la igualación.

c) el barrio es solidario, es cierto, pero su solidaridad tiene límites para resolver los problemas de los habitantes. Si bien existen redes de ayuda local, éstas difícilmente pueden abolir la miseria, ni todos los apuros de la pobreza pueden ser socorridos. Al

mismo tiempo estas redes se despliegan más a un nivel inmediato que en el ámbito de todo el barrio.

d) el barrio no es el único modo utilizado por la gente de extracción popular para conocerse. Esto es más evidente cuando el lugar de trabajo se halla lejos de la casa habitación, pero no deja de suceder aun cuando el centro de trabajo se encuentre en casa.

e) rara vez el barrio es la única porción de ciudad conocida y recorrida, sin tomar en cuenta para esta consideración los desplazamientos profesionales: los paseos y la búsqueda de recreación llevan al habitante del barrio más allá de sus fronteras.

Para estos autores es cierto que el barrio pudo ser un marco de relativa comodidad para un análisis fino de la realidad social del pasado, sin embargo, en reflexión *posteriori* consideran que el barrio fue más un “espacio pretexto” que el objeto mismo de la investigación. No obstante reconocen que el barrio puede ser “punto de partida” para el tratamiento de ciertos temas como un análisis de los espacios urbanos a partir de la categoría de género o reflexiones sobre “lo local” donde las redes solidarias entre los habitantes y sus identidades colectivas, abandonarían el marco restrictivo de un espacio definido de antemano, para dejarse analizar en su propia extensión espacial.

Por otra parte, en los Estados Unidos existe una tendencia diferente, que en cierta forma rescata y da impulso a las monografías de barrio y que, en apariencia, mantiene otro punto de vista sobre las implicaciones teóricas de esta opción historiográfica, mientras que hace una aplicación más flexible de la teoría sociológica de la que abrevia. En esa corriente se inscribe la investigación de von Hoffman sobre el barrio Jamaica Plain de Boston. Según este autor, quienes han rechazado la validez de los estudios monográficos de barrio, han recu-

36. Hoffman, op. cit., p. xix.

37. Faure, A. “Réflexions sur les ambiguïtés du quartier populaire (Paris, 1880-1914)”, en *Histoire Économique, Société*. Editions Sedes, Paris, 1996,

pp. 449-455, y Burdy J. P., “La monographie du quartier en histoire urbaine”, en *Ibid.*, pp. 443-444.

38. *Ibid.* p. 453.

rrido a una aplicación mecánica de la clásica sociología urbana que oponía sociedad y comunidad, y consideraba al barrio como una subordinación de la segunda.

Para este autor, un barrio es “una comunidad de lealtades limitadas”, unida por ciertos lazos esenciales que cambian en intensidad y número con el tiempo y de individuo a individuo. Esgrimiendo esta definición, elabora un análisis espacial y demográfico del barrio para rescatar identidades colectivas. Si bien tales identidades se manifiestan más abiertamente en ciertas coyunturas de la vida pública de Jamaica Plain y en ese sentido brotan de vez en cuando, según von Hoffman ello no hace inviable su estudio, ni lo convierte necesariamente en una tarea de pobres implicaciones para la metodología y el conocimiento.

Su estudio, además de ser una defensa sobre la validez de las historias enfocadas en una realidad barrial, intenta romper con la idea de que un barrio tiene que ser socialmente homogéneo. Jamaica Plain constituía en realidad un suburbio de Boston, que contaba con todos los elementos definitorios de una ciudad, que al final terminó por ser absorbido completamente por la mancha urbana bostoniana. Desde un principio se formó por la convergencia de personas de distinta extracción social y, por tanto, las estructuras de su población abarcaron toda la gama de diferenciación social. No obstante, Jamaica Plain atestigua, de acuerdo con el autor, que la lealtad a un lugar es independiente de la clase o la etnia.

Stephanie Greenberg se manifiesta con igual intensidad a favor de las monografías históricas de barrio. Para esta autora, la historia de las transformaciones sufridas por los barrios estadounidenses entre fines del siglo XIX y principios del XX, bien hecha, puede dar un ejemplo sobre las políticas que

es necesario aplicar en la actualidad ante la decadencia de las ciudades. Desde su perspectiva, los suburbios de las ciudades actuales se asemejan a los barrios de las ciudades de antaño. Su crisis es semejante a las transformaciones sufridas por los barrios en ese entonces, por tanto, si se quiere sacar una lección de la propia experiencia estadounidense para resolverla, será necesario conocer de cerca las historias barriales.

Así pues, existen razones de peso para cuestionar la validez de las monografías historiográficas de barrio, como también razones que apoyan la idea de empeñarse en una tarea de ese tipo. Como hemos visto, mucho depende del significado que se le otorgue a la noción, siempre maleable y dúctil, de barrio.

Conclusiones

El análisis que hemos propuesto hasta aquí muestra los peligros a los que se enfrentan los historiadores cuando concentran su labor en historias barriales. Un problema fundamental es la manera en que el barrio es concebido por el historiador o, lo que es lo mismo, la manera en que el propio historiador “construye” su barrio como objeto de estudio. En este escrito hemos enumerado una serie de advertencias que el historiador debiera tomar en cuenta si decide volcar su interés hacia los barrios.

Nada más equivocado que suponer de antemano su homogeneidad, ya sea ésta social, cultural o espacial. Por el contrario, los barrios poseen configuraciones sociales y espaciales heterogéneas, cambiantes en el tiempo, que se manifiestan igualmente hacia su interior como hacia el exterior, en sus relaciones con el mundo más amplio de la ciudad. Las identidades colectivas barriales, antes que ser per-

manentes e inmutables, emergen bajo ciertas condiciones y desaparecen para surgir, nuevamente, apoyándose en nuevas negociaciones sociales. Constituyen, pues, un proceso, son identidades en construcción permanente.

Otro de los errores comunes que es indispensable evadir, es el de concebir que la totalidad de vida cotidiana de los habitantes de un barrio se desenvuelve dentro de los bordes internos del espacio barrial. Evidentemente esto cambia de una ciudad a otra y de una época a otra, pero aun en ciudades premodernas, con un escaso desarrollo de los medios y las vías de comunicación y transporte, con sociedades de rígida estratificación y escasa movilidad social, el barrio se mantiene como un espacio más dentro de la ciudad. La vida cotidiana de los habitantes de un barrio, aunque pueda estar firmemente arraigada y circunscrita al espacio barrial, se desenvuelve más allá de las propias fronteras de los barrios, en el conjunto más amplio que es la ciudad.

No obstante los peligros que encierra, como puede ser el de concentrar la atención exclusivamente en el barrio hasta aislarlo totalmente del resto de la ciudad, la historia de los barrios nos sigue pareciendo una tarea viable y válida que puede dar su aporte para el estudio histórico de las ciudades. A pesar de los cambios profundos registrados en las urbes, a pesar de las transformaciones en las estructuras urbanas, en los medios y vías de comunicación, en las formas de habitar la ciudad, los barrios prevalecen y se mantienen como un espacio de intermediación entre los individuos y la ciudad. Existe en ellos una dimensión de la vida cotidiana y una relación entre el espacio público y privado que vale la pena tomar en cuenta. La permanencia de los barrios ha sido imposible sin una necesaria transformación. Tan solo dar cuenta de

esta tensión entre permanencia y transformación de los barrios, nos parece, es una meta digna de un quehacer historiográfico.

Como dijimos en un principio, no se trata de equiparar al barrio con “El Aleph” que Borges describe en una de sus ficciones. Hacer esto, equivaldría a imitar los actos de Yakub el Doliente, otro personaje borgiano, quien recurrió a la magia para ver el mundo en un espejo de tinta contenido en la palma de su mano. Tal artificio le permitió observar un universo entero, pero éste no era más que un simple y vago reflejo dentro de un espejo. Este acto lo llevó hasta su muerte. En el barrio no están todas las respuestas para el historiador urbano, pero existen algunos elementos clave para acercarse a la complejidad teórica e histórica que es la ciudad.

Bibliografía citada

- Diccionario del español usual de México* (1996). Dirigido por Luis Fernández de Lara. México: COLMEX, CELLI.
- Diccionario de la lengua castellana [Diccionario de Autoridades]* (1964) facsimil del impreso en Madrid por la Real Academia Española en el año de 1726, Madrid: Gredos.
- Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid, edición de 1925.
- Enciclopedia de México*. México, Cía. Editora de Enciclopedias de México-SEP, edición de 1987.
- Le nouveau Petit Robert Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française* (1995). Paris, Dictionnaires Le Robert.
- MOLINER, María (1987) *Diccionario de Uso del Español*. Madrid: Enciclopedia de México. México, Cía. Editora de Enciclopedias de México-SEP, edición de 1987.
- Webster's Comprehensive Dictionary of English Language*. (1996) Chicago, Trident Press International.

Bibliografía estadounidense sobre barrios

- GREENBERG, Stephanie W. (1981). “Neighborhood change, race transition, and work location: A Case Study of an Industrial City Philadelphia 1880-1930”. En *Journal of Urban History*. Vol. 7, Number 3, May 1981, pp. 267-314.

HOFFMAN, Alexander Von (1994). *Local attachments. The making of an American Urban Neighborhood, 1850 to 1920*. London: The John Hopkins University Press, 270 pp.

ROMO, Ricardo (1988). *East Los Angeles History of a Barrio*. Austin, Texas: University of Texas Press, third printing, 220 pp.

Bibliografía francesa sobre barrios

BURDY, Jean Pierre (1994). "La monographie de quartier en histoire urbaine: Quelques éléments de bilan sur une recherche stéphanoise". En *Histoire, Économie et Société*. Revue trimestrielle publiée par les Éditions C.D.U. & S.E.D.E.S., Paris, 13^e année, No. 3, 1994, pp. 441-448.

——— (1989). *Le Soleil noir, un quartier de Saint Étienne 1840-1940*. Presses Universitaires de Lyon, pp. 270 (Comptendu par PINOL, Jean-Luc en *Annales ESC*. Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 48^e année, No. 4, juillet-août, 1993, pp. 938-939).

CABANTOUS, Alain (1994). "Le quartier, espace vécu à l'époque moderne. Ambiguïté et perspectives d'une histoire". En *Histoire, Économie et Société*. Revue trimestrielle publiée par les Éditions C.D.U. & S.E.D.E.S., Paris, 13^e année, No. 3, pp. 427-439.

FAURE, Alain (1994). "Reflexions sur les ambiguïtés du quartier populaire. (Paris, 1880-1914)". En *Histoire, Économie et Société*. Revue trimestrielle publiée par les Éditions C.D.U. & S.E.D.E.S., Paris, 13^e année, No. 3, 1994, pp. 449-455.

JACQUEMET, Gérard (1984). *Belleville au XIX^e siècle, du faubourg à la ville*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, p. 452.

Bibliografía mexicana sobre barrios

CORREA, Leonor y Patricia Pensado (1996). *Mixcoac, un barrio en la memoria*. México: Instituto Mora.

LÉCHUGA de Bustamante, Rosa (1956). *Barrios de México: Tepito, Indianilla*. México: Fomento por la cultura.

MACEDO, Miguel S. (1988). *My barrio*. Ensayo histórico. México: DDF. Colección Distrito Federal (Reedición de la original de 1930).

MALDONADO, Ojeda Lucio Ernesto (1994). "Barrios y colonias de la Ciudad de México (hacia 1850)". En *Anuario de Estudios Urbanos*, México: UAM-A, No. 1, pp. 9-28.

ORTIZ, Víctor Manuel (1990). *El barrio bravo de Madrigal*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.

SANCHEZ, García Alfonso (Profesor Mosquito) (1987). *San Juan Chiquito: un barrio de Toluca*. Toluca, Estado de México: Dirección de Patrimonio Cultural y Artístico. Serie de Arte y Folklore.

Bibliografía general

BORGES, Jorge Luis (1981). *Ficcionario. Una antología de sus textos*. Edición, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal. México: Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme).

CANDEL, Francisco (1972). *Apuntes para una sociología del barrio*. Barcelona: Ediciones Península, 180 p.

DÉRTAU, Michel, et al. (1999). *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto de Estudios Superiores de Occidente.

KOSTOF, Spiro (1991). *The city shaped*. Thames and Hudson.

LEPETIT, Bernard (1992). "La historia urbana en Francia: veinte años de investigaciones". En *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*. México: Instituto Mora, No. 24, sept.-dic.

LYNCH, Kevin (1966). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Ed. Infinito (Biblioteca de Papeamiento y Vivienda No. 9), 208 p.

Revistas de "entretenimiento" sobre barrios

La Neta del Barrio, Revista Catorcena. México: Editor al EJE.

Sensacional de Barrios, Revista Semana, México: Editor al EJE.